



Sobre los jesuitas destinados al apostolado intelectual

2014/09

A TODA LA COMPAÑÍA

Queridos hermanos,

La larga tradición de compromiso con el apostolado intelectual que tiene la Compañía de Jesús forma parte de nuestra identidad religiosa. Sabemos que los primeros compañeros se conocieron en París mientras estudiaban para graduarse como maestros en artes. Recordamos cómo algunos de ellos, Diego Laynez, Alfonso Salmerón y Claudio Jayo, participaron en el Concilio de Trento como expertos teólogos. No podemos olvidar a tantos otros que se esforzaron por crear e impulsar el crecimiento del Colegio Romano, institución que llegaría a ser centro de estudios de gran prestigio para el estudio científico en el siglo XVII. Hasta tiempos muy recientes han sido muchos los que han desempeñado un papel de gran importancia dentro del diálogo entre ciencia y fe, o, formulado de modo más general, entre fe y razón. Esta tradición habla de una de las prioridades de la Compañía. Pero, debido a los cambios continuos del contexto en este importante trabajo, cada generación necesita renovar sus esfuerzos.

El nivel de desarrollo al que han llegado muchas ciencias y tecnologías (por ejemplo la biología y la física), la conciencia de que vivimos en un mundo con recursos naturales limitados, y las distintas formas de relacionarse (la sociedad de la información), suscitan nuevas cuestiones. Para afrontarlas necesitamos, en todos los campos de nuestra misión, una actitud abierta a la reflexión intelectual: sea que trabajemos en la universidad, en algunas de nuestras revistas, en un centro social, en una casa de ejercicios o investigando en un laboratorio, sea que nuestro compromiso tenga que ver con la pastoral juvenil, la vida parroquial o los movimientos eclesiales... sea cuál sea el lugar, el modo peculiar que tiene la Compañía para insertarse en la vida apostólica presupone una reflexión sobre el marco social, económico y político, y sobre las cuestiones antropológicas de nuestro tiempo. La dimensión intelectual es parte integrante de todos nuestros ministerios (cfr. CG 34, d. 16). Por eso tenemos que prepararnos para penetrar en ella desde el comienzo de nuestra formación.

A lo largo de los meses de noviembre y diciembre de 2013, se han reunido en Roma dos grupos de jesuitas y laicos implicados de modo particular en el apostolado intelectual, para compartir sus experiencias apostólicas,¹ y me complace haber sido testigo del intercambio que en ambos ha tenido lugar. Agradezco mucho sus aportaciones al discernimiento de la misión de la Compañía.

¹ Han aportado sus sugerencias en estos encuentros: Vivien Amonkar (India), Xavier Arockiasamy SJ (MDU), Matthew Carnes SJ (CFN), Eric Charmetant SJ (GAL), Francis Clooney SJ (NYK), José Mario Francisco SJ (PHI), Thomas Hidya Tjaya SJ (IDO), Job Kozhamthadam SJ (DEL), Ludovic Lado SJ (AOC), Bernard Muhigirwa SJ (ACE), Inácio Neutzling SJ (BRM), Yanuar Nugroho (Indonesia), Arturo Reynoso SJ (MEX), Enrique Sanz SJ (CAS), Josef Schuster SJ (GER), Nicolas Standaert SJ (CHN) y Gerlinde Verbist (Bélgica).



Esta carta quiere ser una invitación a renovar el apostolado intelectual, en particular cuando se trata de hacer investigación.

1. Un apostolado al servicio de la misión de la Iglesia.

El apostolado intelectual nos ayuda a descubrir a Dios presente y activo en lo más profundo de la realidad, y a compartir ese descubrimiento. Deseamos estar abiertos a la realidad de Dios que trabaja, también hoy, en nuestras sociedades y culturas lo mismo que en el corazón de cada ser humano (cfr. EE., 235-236). El apostolado intelectual contribuye a la misión de la Compañía por medio de una fe que promueve la justicia, que no evita aquellas fronteras que son parte de nuestra condición humana y que no escatima esfuerzos por establecer puentes de reconciliación (cfr. CG 35, d.3, nn.12-80). Esto significa abrirse de manera innovadora a los desafíos de nuestro mundo y ofrecer una aportación específica al desarrollo de las ciencias. Los jesuitas, como verdaderos operarios apostólicos, nos vemos frecuentemente obligados a aportar, de manera meditada y responsable, una visión crítica frente a los valores que subyacen a algunos enfoques actuales sobre determinadas cuestiones (por ejemplo en economía o bioética). Y puede suceder que su compromiso con la realidad les lleve a tomar parte activa en iniciativas de otros y trabajar con ellos por la promoción de la dignidad humana en nuestro mundo.

El apostolado intelectual traza un camino de diálogo entre el Evangelio y las culturas, las ciencias y las tradiciones religiosas, y lo hace con su propio lenguaje. En un mundo en que se pone en cuestión el nexo entre fe y cultura, y en el que se pone asimismo en duda el nexo entre fe y razón, es necesaria y urgente una verdadera profundidad intelectual en la vida apostólica. Es en unión con otros, como la Compañía de Jesús intenta responder, con decisión y con humildad, a esta llamada, participando así en la misión de la Iglesia. Hay que alentar cualquier iniciativa que, en apoyo de esta interconexión, pueda surgir en nuestras universidades, facultades, centros culturales y revistas. Debemos crear, con decisión, ocasiones de verdadero encuentro, en las que se reflexione académicamente, pero a la vez se involucre la vida concreta de las personas. En este sentido, el apostolado intelectual puede ser un verdadero servicio a la misión de la Iglesia en nuestro mundo. Sabemos que en este camino pueden surgir incomprensiones y fuertes tensiones. Quizá no logremos evitar los problemas, pero procuraremos vivirlos en el espíritu del “*sentire cum Ecclesia*”, al que nos invita la tradición ignaciana. Nuestra misión nos llama a “ir a las fronteras” con rigor y discernimiento.

Por tanto el apostolado intelectual colabora tanto con el progreso de la ciencia como con la misión evangelizadora de la Iglesia. Esta simultaneidad es la que hace fecundo nuestro servicio.

2. Diversos modos de vivir el apostolado intelectual.

Aunque es preciso no olvidar que la dimensión intelectual se encuentra presente en todos nuestros ministerios, en la Compañía cabe distinguir diversas formas de vivir el apostolado intelectual propiamente dicho.

- a. Algunos jesuitas reciben una misión que les invita a insertarse en una determinada comunidad científica (ciencias físicas, sociales o humanísticas) o a dedicarse a la investigación básica en filosofía o teología. Podríamos denominar esta llamada como la “misión de investigar”, que se realiza en el estudio, perteneciendo a una comunidad global de investigadores, por medio de publicaciones en revistas especializadas, etc.
- b. El compromiso de otros jesuitas es con la enseñanza superior. Como profesores de universidad, en centros dependientes de la Compañía o en otras instituciones, toman



parte – plenamente – en la vida de sus institutos o facultades. Estos jesuitas comprometidos con la “misión de la enseñanza” también están, o deberían estar, implicados en la “misión de investigar”.

- c. Los que pertenecen a alguno de los dos grupos que acabamos de mencionar, pueden tener que ver con una dimensión importante de la formación de la Compañía: el itinerario filosófico y teológico que se propone a escolares y hermanos. Con frecuencia los jesuitas que trabajan en la “misión de la formación” participan también en programas de formación que se ofrecen a seminaristas, religiosas y laicos.
- d. Otros jesuitas se dedican a acompañar a personas que ejercen tareas de responsabilidad (en el terreno de lo social o lo económico, en el ámbito de la salud, la política, etc.). Han dedicado años a perfeccionar su conocimiento de los referentes culturales que tienen los que se ocupan de estos campos, para mejor desarrollar, para ellos y con ellos, el trabajo de “discernir el mundo” que se realiza, por ejemplo, en movimientos, en revistas culturales o en centros culturales y sociales.

3. La necesaria actitud espiritual del apostolado intelectual.

La profundidad intelectual a que estamos llamados tiene como fundamento una actitud espiritual. Sea cual sea el modo como un jesuita vive su compromiso intelectual, se exige de él una actitud de fondo, hecha de humildad, de abnegación y de paciencia. La reflexión intelectual implica emprender un largo camino. Este camino de búsqueda y reflexión exige estar preparados para vivir en cierta soledad, y al mismo tiempo estar abiertos a la relación y la colaboración con otros.

El jesuita debe tener un compromiso intelectual libre de todo deseo de promoción personal y de todo espíritu de rivalidad y competición, pues le anima el deseo de servir. Los estudios a nivel de doctorado, en particular, no se hacen para mejorar nuestra propia imagen. También en el campo intelectual el jesuita está llamado a recibir su misión como fruto de un discernimiento vivido con sus superiores, que deben ser muy conscientes de la responsabilidad que les incumbe cuando se ponen a discernir una misión concreta en el apostolado intelectual. Haber establecido prioridades apostólicas permitirá dialogar con alguno que podría ser designado para dedicarse a este campo, y destinarlo con mayor claridad.

Será de ayuda para los jesuitas destinados, que se inserten en instituciones de la Compañía, como son universidades, casas de formación o revistas. En obras de este tipo encontrarán grupos de trabajo y posibilidades de reflexión sobre las cuestiones fundamentales de nuestro tiempo. Conviene vivir este compromiso intelectual con espíritu de colaboración y de diálogo, bien sea en la Compañía, bien sea en colaboración con personas diferentes (incluso si se trata de hombres y mujeres que provienen de otras confesiones religiosas o que no tienen ninguna referencia religiosa en particular).

4. Reforzar la “misión de investigar”.

Quiero insistir aún en una forma concreta de apostolado intelectual: la “misión de investigar”, a la que he aludido más arriba. Antes de nada deseo mostrar mi agradecimiento a todos aquellos que están ya metidos de lleno en la investigación filosófica, teológica y científica. Su trabajo está a veces rodeado de silencio y discreción; otras salta a la escena pública. Su constancia y su deseo de formar parte de la misión de la Compañía a través de su trabajo como investigadores reviste una gran importancia. Soy muy consciente de ello y quiero mostrarles mi gratitud y mi aliento. Pero, ¿cómo elegir



los temas en torno a los que gira esta misión, de modo que actualicemos la tradición de la Compañía? ¿A quién enviar a esta misión? ¿Cómo habrá que vivir esta misión?

4.1. Temas para la “misión de investigar”.

No hay ningún campo que pueda ser excluido a priori de la “misión de investigar”: filosofía y teología, pero también las ciencias de la vida, las ciencias humanas y sociales, la física, etc. Hay que reconocer que nuestras sociedades se encuentran ante desafíos radicales: “¿qué quiere decir hoy ser humano?”, “¿cómo vivir hoy las diferentes referencias religiosas, espirituales y confesionales, en culturas con frecuencia marcadas por el secularismo y el fundamentalismo?”, “¿cómo poner las bases para que los pueblos de la tierra vivan juntos en justicia y respeto mutuo?”, “¿cómo vivir en una tierra cuyos recursos naturales son limitados?” Muchas de estas preguntas han sido ya formuladas por las Conferencias de Superiores Mayores, cuando les pedimos que definieran sus “fronteras” para la misión.

4.2. Planificación de la “misión de investigar”.

Es preciso que la “misión de investigar” aparezca en el plan apostólico que se diseña en cada Provincia o Región, y también – teniendo en cuenta el nivel de los problemas – en el ámbito de las Conferencias. El discernimiento que deben hacer los Superiores Mayores para promover la “misión de investigar” tiene una dimensión interprovincial, que implica a las Conferencias. Las “fronteras” que éstas ya han definido nos permiten establecer algunos ámbitos en los que tal “misión de investigar” puede desarrollarse a nivel interprovincial. En el momento de fijar los temas hacia los que orientar a los candidatos con posibilidades de ser enviados a la “misión de investigar”, ayudará mucho que la planificación apostólica haya establecido ya prioridades.

4.3. Candidatos.

Un Superior Mayor, tras haber vivido un discernimiento en sintonía con los demás Superiores Mayores, por ejemplo en el seno de su Conferencia, debe tomar las decisiones que puedan orientar, apoyar y dar una misión a aquellos jesuitas que tengan las cualidades que se requieren para entrar en el mundo de la investigación y para tomar gusto a la aventura que ello supone, y que, poseyendo - en grado eminente - aquella disposición interior que se precisa para vivir la actitud espiritual del apostolado intelectual, son capaces de prepararse para la entrega a la que podemos llamar “misión de investigar”.

Pido, por tanto, a los Superiores Mayores que presten atención especial a este punto, que con frecuencia supera el horizonte inmediato de la propia Provincia o Región. Pido asimismo a los Superiores Mayores que traten estos puntos con sus Consultas. Espero que, en todas las provincias y regiones, pueda llevarse a cabo un diálogo entre los jesuitas y sus superiores, para bien de “esta misión” que la Iglesia espera de nosotros.

4.4. Condiciones de la investigación.

Los que han sido destinados a la “misión de investigar” deben disponer del tiempo necesario para profundizar en una empresa que no da frutos inmediatos. Para que no se pierda una inversión ya hecha y que puedan continuar su trabajo de investigación, es prudente que no se les cargue de tareas administrativas que, aun siendo muy importantes, les podrían distraer de su investigación. Deben tener la posibilidad de perseverar en su empeño sin por eso quedar aislados. Es deseable que formen parte de instituciones donde puedan trabajar con otros investigadores, con los que llevar adelante y de modo conjunto este apostolado. Es una necesidad legítima el hecho de participar en redes activas de colaboración, ya funcionen dentro de la Compañía o fuera de ella. Dentro de estas redes



les será posible ofrecer consejos y propuestas de futuro a los responsables públicos. Se les debe ofrecer asimismo la posibilidad de dar cuenta regularmente de su trabajo a su superior religioso. En este tipo de apostolado no deben quedar aislados, sino profundamente insertos en la dinámica apostólica de su Región, de su Provincia y Conferencia.

Gracias al gran trabajo de las generaciones que nos han precedido, disponemos ahora de muchos instrumentos que pueden ayudarnos a entrar, de forma renovada, en un apostolado intelectual de verdadero servicio a la misión de la Iglesia en el mundo de hoy. En el contexto actual, cuando el número de jesuitas disminuye en algunas partes del mundo y crece en otras, es preciso que prosigamos nuestra dedicación a este campo, buscando adaptar nuestros esfuerzos a las realidades del momento. La Compañía está obligada muy especialmente a fomentar y proteger la “misión de investigar”, para que pueda ofrecer ese servicio con la profundidad que la Iglesia espera de nosotros; esto requiere adquirir un verdadero compromiso, tomar decisiones apostólicas y planificar nuestro apostolado.

Pidamos al Señor que ayude a todos en este trabajo de discernimiento y de creatividad siempre nueva, para que sepamos ser, cada vez con mayor entrega, servidores de su misión en el mundo de hoy. Que Nuestra Señora de la Estrada nos acompañe en este camino.

Fraternalmente en el Señor,

Adolfo Nicolás, S.I.
Superior General

Roma, 24 de mayo de 2014
Fiesta de Ntra. Sra. de la Estrada

(Original: italiano)